

1867. dignado dar al ejército nacional con motivo  
 Febrero. de la campaña que vá á emprender contra los enemigos de la patria, ha hecho necesario que algunos cuerpos de mi brigada sean separados transitoriamente de ella.

«Os lo doy á conocer con profundo sentimiento; porque acostumbrado á combatir con todos vosotros, no quisiera separarme de ninguno. Estos blasones, estas prendas de honor, son vuestras no más, porque vuestra bizzarria y arrogancia en los combates, los han colocado sobre mi pecho. ¡Gracias amigos míos!

«Mientras que algunos de nuestros compañeros y yo, combatimos cerca de la persona de nuestro soberano, otros ireis á pelear á las órdenes de jefes dignos y valientes, que sabrán conducirnos á la victoria. No olvidéis que durante vuestra permanencia en Michoacan, jamás fuisteis vencidos: que no tenga yo el sentimiento de saber que algun soldado de la brigada ha dado un paso atrás. No: todos adelante, al dulce recuerdo de vuestros triunfos: derramad primero hasta la última gota de sangre en las aras de la patria, que ver en vuestra frente el negro borron de la ignominia.

«En medio de la pelea y en el calor de la refriega á los gloriosos gritos de «¡Viva la independendencia! ¡Viva el emperador!» aplastareis la hidra de la revolucion y podreis conquistar los laureles inmarcesibles de un verdadero y sólido triunfo.

«¡Quiera el cielo llegue pronto el día en que os reunais de nuevo al general que se honra con deciros hoy: ¡Adios, mis amigos siempre fieles: adios, mis queridos compañeros! ¡Viva Méjico!»

En el momento en que los habitantes de Querétaro supieron que iba á salir de la ciudad todo el ejército, considerable número de vecinos de los más notables suplicaron al emperador, apoyando su peticion en el general D. Tomás Mejía, que no la dejase sin tropas, temiendo que la ocupasen los republicanos, y pintando con los colores más alarmanes el rigor que descargarían sobre las numerosas personas adictas al imperio. Maximiliano, conmovido ante el triste cuadro que le dijeron presentaría la ciudad si la dejaba abandonada, les prometió no salir hasta que llegase de la sierra el general Olvera con sus tropas, el cual

1867. quedaría con ellos en la poblacion. Para más  
 Febrero. seguridad de ésta, el emperador dispuso, por indicacion que le hizo el general Marquez, que se levantasen las fortificaciones necesarias, á fin de que, en caso de ser atacada la ciudad, pudiera sostenerse fácilmente la guarnicion hasta que la division volviera en su auxilio, pues no creía fácil que éste pudieran recibirlo de la capital los defensores de la plaza. D. Leonardo Marquez se dirigió, sin pérdida de momento, con el general Reyes, que ejercía el empleo de comandante general de ingenieros, á examinar los puntos en que era conveniente emprender las obras de fortificacion, trazó como jefe del Estado Mayor la línea que debía fortificarse, señaló los sitios en que debían construirse los parapetos, las alturas que se habían de poner en estado de defensa, y cuanto en fin juzgó necesario para que la guarnicion pudiera conservar la ciudad.

Mucho sintieron los jefes y oficiales del ejército que se hubiese aplazado la salida hasta la llegada del general



Olvera que debía quedar en la poblacion. En concepto de ellos, la menor tardanza en las operaciones, podía dar tiempo á las fuerzas republicanas á reunirse cerca de Querétaro, perdiéndose así la coyuntura de batirlas en detall, que, segun la opinion general, les hubiera dado á las armas del imperio un triunfo seguro.

El general D. Leonardo Marquez, que había sido el primero en aconsejar al emperador que se saliese en busca de las tropas republicanas, vió, con sentimiento, la determinacion tomada por el soberano. Veía que se contaba con pocos elementos para dirigirse á Lagos y establecer allí el gobierno, como era el pensamiento del monarca; pero creía que eran suficientes para destruir, siguiendo su plan, las principales fuerzas liberales; lo cual conseguido, se organizarían fácilmente nuevos batallones que, á más de dar la guarnicion á los principales pueblos, mantuviesen libre la comunicacion con la capital, quedando en seguida el emperador en disposicion de llevar á cabo su

1867. idea de establecer en Lagos su gobierno, ó de  
Febrero. que continuase en Méjico. El aplazamiento de la salida lo consideró, pues, el general Marquez como un mal, y le causó una honda pena. A dar creces á ésta, llegó un despacho que le dirigió el presidente de ministros D. Teodosio Láres, que recibió el día 28. El despacho era la contestacion que daba á las comunicaciones que con fecha 20 y 21 le envió el general Marquez pidiéndole algunas piezas de artillería, municiones y cuantos pertrechos de guerra pudiera enviarle. El ministro le daba la poco lisonjera noticia de no poderle remitir todo lo que pedía, haciéndole saber los motivos que para ello

existían. El despacho estaba fechado el 24 de Febrero, y estaba concebido en los términos siguientes: «Méjico, Febrero 24 de 1867.—Excmo. Señor:—He recibido el veintidos las dos comunicaciones reservadas de V. E. de veinte del corriente, y ayer la de veintiuno, en que me repite una del veinte, y ambas comprensivas de las órdenes de Su Majestad, para que se remitan á ese Cuerpo de Ejército las baterías y los efectos de guerra que expresan, é inmediatamente las comuniqué á la Direccion de Artillería, y de acuerdo con el Ministerio de la Guerra y el segundo jefe, general Tabera, debo manifestar á V. E., que no siendo posible alistar desde luego dos baterías, está lista una de á 8 y obuses de 24, por no haber de á 12 y 36; que el mayor número de tiros posible que se ha podido proporcionar para cada pieza, es de 150, y el de 100 granadas por obus, por no haber más. Que los dos millones de cápsulas de guerra y los 20,000 estopines fulminantes están listos y se remitirán; así como la turquesa de 15 adarnes y una máquina de arrancar espoletas.—La batería y demás efectos de guerra, deben ser conducidos hasta Arroyo Zarco, segun V. E. me comunica, por una columna compuesta de las tres armas, en la que tendrá lugar el Regimiento de Húsares, avisando con anticipacion por correos triplicados el día que exactamente salga de Méjico dicha columna, con toda precision; y las jornadas que haya de hacer, á fin de que de allá salga otra columna que llegue hasta dicha Hacienda de Arroyo Zarco, á recibir los efectos.

«Antes de disponer la ida de aquí de la columna de las tres armas con el Regimiento de Húsares, debo manifes-



tar á V. E. para su gobierno y conocimiento de Su Majestad el Emperador, que la columna que debe salir de esa á recibir los efectos, debe ser más fuerte que la que S. M. llevó; porque segun las noticias exactas que se tienen, la reunion de las gavillas que en estos días se han estado formando, puede hacer un total de cerca de 6,000 hombres, que, aunque mal armados, es un grueso muy superior al de las gavillas que molestaron la columna que llevó S. M.

«Segun la opinion del Ministro de la Guerra y del general Tabera, la columna que salga de esa, debe ser lo ménos de 3,000 hombres de las tres armas. Por la razon indicada, la columna que salga de aquí debe ser tan fuerte como la que de allá venga, y nadie mejor que V. E. sabe cuál es el estado de las fuerzas de la capital, y cuál el estado en que quedarían sacando una columna de 3,000 hombres de lo mejor, que avanzará hasta Arroyo Zarco.

«Se combinará todo con el buen servicio y con la seguridad de la capital, si la columna que salga de esa, fuerte de 3,000 hombres ó más, avanza hasta Cuautitlan y allí recibe los efectos de la que salga de aquí, porque en tal caso, una sola noche basta para practicar la operacion, y en una sola noche no corre riesgo alguno la capital, por la falta de la columna que salga hasta Cuautitlan, mientras que nada puede oponerse á que la columna que salga de esa avance tres jornadas más, al indicado punto.

«(Muy reservado.)—V. E. sabe muy bien que la única tropa buena que aquí existe es el regimiento de Húsares, por lo que sería muy conveniente que éste se volviera á

la capital, donde su servicio es tanto más interesante, cuanto lo es sobre todo la conservacion de la capital.

1867.

Febrero.

«Aún ganada, como seguramente esperamos, la accion en el interior, no daría resultado alguno, si desgraciadamente se perdiera la capital, porque en tan desgraciado evento el Gobierno del Imperio dejaría de ser reconocido por el Cuerpo Diplomático que se retiraría inmediatamente, segun sabemos, siguiendo la costumbre de no reconocer por nacional sinó al Gobierno que ocupa la capital, en la que sin duda se establecería otro; y esto nos envolvería en mil dificultades que á todo trance es preciso evitar, manteniendo con toda seguridad la capital: ésta se halla ahora amenazada por las gavillas de Tlalnepantla, San Cristóbal, Texcoco y Chalco, las que se concentran tal vez con la mira de hacer un esfuerzo sobre la misma capital.

«Es el resumen de lo últimamente expuesto, primero: la columna que salga de esa á recibir la batería y los efectos, debe ser más fuerte que la que llevó S. M. el Emperador. Segundo: que debe venir hasta Cuautitlan, para que no pase de este punto la que salga de aquí que debe ser igualmente fuerte y de las mejores tropas. Tercero: que se vuelvan los Húsares.

«Espero, pues, la resolucion de S. M. á fin de dictar las órdenes para la salida de la columna, pues es de mi deber hacer presente, de acuerdo con los generales Portilla y Tabera, las indicaciones referidas. Entre tanto se hacen los mayores esfuerzos para montar otras piezas, y aumentar el número de tiros que se han de remitir, así



como para enviar la cantidad de dinero que sea posible con la misma columna.»

Como se ve, ningun auxilio material de guerra podía esperar el emperador que se le enviase de Méjico, sinó enviaba una fuerte columna á recibirlo á Cuautitlan, que dista cincuenta leguas de Querétaro. Esto último era imposible, porque habría sido debilitar su fuerza, exponiéndose á que entre tanto se presentasen las tropas republicanas ante la plaza, encontrándose impotente para resistir un ataque.

En el mismo día 28, pero antes de que el general don <sup>1867.</sup> Leonardo Marquez hubiera recibido la poca <sup>Febrero.</sup> lisonjera comunicacion de D. Teodosio Láres, escribió el emperador Maximiliano una carta al padre Fischer, encargándole que asistiese á todos los consejos de ministros, haciéndole saber que estos deseaban que se suprimiese la secretaría del Gabinete y aprobando varios de sus actos. La carta decía así: «Querido padre Fischer: He leído con satisfaccion vuestra carta del 23, recibida ayer noche, y os doy por ello expresivas gracias: una posdata que relatara exactamente *las últimas infamias de los franceses y los últimos actos* de nuestro Gobierno, habría sido muy oportuna. Si alguna de vuestras cartas se ha extraviado, debemos sospechar que haya sido interceptada por nuestros Ministros; no puede ser de otro modo.

»Sé que se desearía suprimir nuestra secretaría de Gabinete: ésta es una debilidad por parte de los Señores que empuñan hoy el timon de la nave; sólo los débiles se asustan de la vigilancia y hacen cruda guerra á la capa-

cidad de los demás. Direis á Lares que facilite el dinero que necesite nuestra secretaría de Gabinete, siendo esta mi expresa voluntad.

»Es tambien indigno que no se pague un céntimo—segun me escribe Schaffer—á los fieles servidores que he dejado allí: si el Emperador no está ya en situacion de no pagar á los tres ó cuatro únicos funcionarios que le quedan de su Córte, que se le diga así claramente; nadie debe, en tal caso, avergonzarse de manifestar la verdad; pero mentir y no pagar es una vergüenza doble para el Gobierno que recae sobre el Príncipe mismo.

»Debeis continuar asistiendo á todos los Consejos de Ministros, é insistir para que me sean enviados con regularidad y por el conducto más seguro, tanto el resúmen de sus sesiones, como los detalles posibles sobre los trabajos en que se ocupan los diferentes ministerios.

»La publicacion de la carta que dirigí á Lares en Orizaba no ha agradado, como era de presumir, á aquellos Señores en su calidad de hombres de partido. En Europa, por el contrario, ha causado gran sensacion: me desagrada personalmente, sin embargo, que dicha carta no se haya reproducido con entera exactitud, tal vez á consecuencia de sus repetidas traducciones. Espero con impaciencia los extractos concisos del correo de Europa.

»He visto con verdadera satisfaccion que habeis escrito en mi nombre á todos nuestros agentes diplomáticos: os ruego que continúeis verificándolo regularmente... Aquí nos estamos organizando y fortificando; pero esperamos con impaciencia las libranzas. Disfrutamos todos de buena salud, y el clima cálido de Querétaro me prueba bien.



Durante todo el día estoy ocupado en las atenciones de la guerra; por las noches hacemos partida de **1867.** boliche.—Vuestro afectísimo Maximiliano.»  
 Febrero.

No carecían de justicia los ministros en querer que se suprimiera la secretaría del Gabinete; pues además de que producía gastos que, en concepto de ellos, debían evitarse, atendidas las penurias del erario, se ve, como se desprende del párrafo segundo de la carta, que su misión era *vigilarles*, lo cual no podía parecerles bien; y mucho ménos cuando el jefe de esa secretaría del Gabinete era un extranjero que, aunque había trabajado porque el emperador no abdicase, sin embargo no les inspiraba una confianza plena en que sus ideas conservadoras fuesen inquebrantables. Este justo deseo de los ministros de que se suprimiese la expresada secretaría del Gabinete de que era jefe el padre Fischer, viene á probar de una manera incontestable, que el doctor Basch incurrió en un error al asegurar que el referido padre Fischer capitaneaba á los conservadores que en Orizaba trabajaron porque no abdicase el emperador. Además, como observa con mucho acierto D. Francisco de Paula de Arrangoiz en su obra, *Relacion de los principales acontecimientos políticos*, «manteniendo el Gabinete, olvidaba Maximiliano que los ministros habían dicho en su programa de 12 de Setiembre, aceptado por S. M., que *el emperador designaría las personas á quienes hubieran de dirigirse los despachos, únicamente como órganos de trasmision.*» Convenido en esto, no estaba bien que Maximiliano ordenase al padre Fischer que dijese nada á Lares sobre ningun punto, ni estaba bien tampoco que le indicase que debía

*continuar asistiendo á todos los consejos de ministros*, cuando en ellos no tenía que representar misión ninguna digna. Por mucho que el emperador estimase **1867.** el talento en política del padre Fischer, su capacidad en los negocios y la adhesión hácia su persona, no debió dejarle ocupando el puesto de jefe de la secretaría del Gabinete, ni hacerle su agente confidencial. Y digo que no debió dejarle en esos elevados cargos, no porque yo me atreva á imaginar siquiera que no era digno de ese puesto, sinó porque el emperador, en cartas escritas á personas de su aprecio, presentaba al padre Fischer como un hombre poco ceñido á la moral en su vida privada; y puesto que así lo creía, aunque tal vez no lo fuese, debía suponer que las personas á quienes escribía, así como aquellas que llegaban á saber el juicio poco favorable que en ese punto tenía formado del expresado padre Fischer, no podrían mirarle con el respeto que debe inspirar todo hombre á quien un monarca eleva á una distinguida posición. El doctor Basch, médico de Maximiliano, en su obra *Los últimos diez meses del Imperio de Méjico* trae una carta dirigida por el emperador al Sr. Boteri, dálmata, profesor en el Gimnasio literario de Orizaba, fechada en Querétaro pocos días después de haber aplazado la salida, en que pinta al padre Fischer de una manera poco lisonjera respecto á la moralidad que observaba en su vida privada. No era posible, pues, que si los ministros tenían conocimiento de la opinión poco favorable que tenía formada el emperador de la moral de su secretario de Gabinete y agente confidencial, viesen con gusto que asistía á todos los consejos que tenían,